

JENNY¹

Willy Thayer

Universidad Metropolitana

Si se ha podido ficcionar que en un comienzo fue la *mano natural* lo que condujo a la creación de la Jenny como interfaz, y que en un segundo momento la interfaz creada fue desarrollándose hasta disponerse como campo ilimitadamente expandido, esta ilimitación termina incluyendo, como posibilidad suya, la “supuesta mano natural” que flota, ahora, como una terminal más entre las virtualidades de la Jenny, en su inmanencia y multiplicidad abstracta.

La *circulación ampliada del capital*, en su despliegue planetario, es figurada por Marx en el devenir de la «spinning Jenny», *máquina herramienta compleja*², epítome de la Revolución Industrial, cuya performance se expone en *El capital*³ y en los *Grundrisse*⁴. ¿Cual sería la potencia de la Jenny, más allá de ser homónima de la esposa de Marx, para que éste le otorgue el rango de acontecimiento, del acontecimiento que se revelará, póstumamente, como traza de la Revolución Industrial, traza que recién ahora, no hace mucho, post-industrialmente, ingresa en el campo de visibilidad? ¿En qué consiste la Jenny, el devenir de su nombre propio, la cifra de su devenir?

La *máquina-herramienta-compleja* es un mecanismo que ejecuta funciones análogas a las que realiza una fuerza de trabajo artesanal con herramientas similares.⁵ Sólo que el número de terminales-herramientas

que la fuerza de trabajo artesanal puede manipular simultáneamente está limitado a la potencia y el talento aurático particular de la fuerza de trabajo manufacturera del caso. La Jenny “que hiló en su inicio con 12, 18 y hasta con 100 husos simultáneamente”, hace saltar ese límite impuesto por el modo de producción artesanal de un cuerpo-máquina de trabajo con terminales fijas, endógenas, especializadas, liberando dichos límites, cuantitativamente primero y cualitativamente después, hacia la vertiginosa agencia de una máquina-cuerpo de trabajo inespecífica, abstracta, anorgánica, politécnica, transdisciplinaria, dispuesta en un devenir proteico, un proceso de virtualización ilimitado de su usuariedad.

La Jenny, como cuerpo mecánico, ya había sido ensoñada en el siglo XVII por Descartes, en su *Tratado del mundo*, uno de cuyos capítulos está dedicado al *Tratado del hombre fingido*. Descartes no indagó únicamente en la posibilidad médica de un cuerpo-máquina inmortal, a través del trasplante de piezas. Sobre todo teorizó la posibilidad de un cuerpo-máquina-mathesis de composición, descomposición y recomposición infinita, no sólo de sus piezas y su mecánica sino, sobre todo, de sus elementos y principios. Una máquina-soberana,

máquina-genio-maligno desprendida, en primer lugar, del arte: “porque el arte requiere de un ejercicio y disposición habitual del cuerpo que impide que diversas artes puedan ser aprendidas y ejecutadas todas a la vez, por un mismo hombre; ya que las mismas manos no pueden adaptarse a cultivar los campos y tañer la cítara, o a varios oficios diferentes, con tanta facilidad como a uno sólo, de modo que su ejercitación excelente exige dedicación exclusiva”.⁶ Máquina soberana desprendida, también, de los principios del arte, de los principios y elementos de composición de todo arte en general.⁷

Reiteramos: la actividad liberada por la incontinencia de la Jenny erosionará los contratos en que el talento yace confinado a una interfaz feudal. Con la *spinning* Jenny, la virtualidad de las fuerzas productivas será liberada en una proliferación inespecífica, politécnica, cada vez más ilimitada, según terminales en devenir. La virtualidad productiva, hasta entonces sujeta a las relaciones sociales manufactureras, condicionada por el *valor uso trabajo* de una manualidad artesanalmente disciplinada, entrará en contacto con el torbellino, el *genio maligno* de la Jenny, que ensamblará los hábitos artesanos en relaciones de producción abiertas a la

ilimitación del *valor de cambio*, ilimitación en cuyo proceso sin teleología, todo *valor uso especializado* de trabajo, devendrá *valor de uso abstracto* de trabajo, *valor uso de valor*. Los cuerpos, usos, gustos y relaciones feudales se verán rápidamente dispuestos como accesorios en una “cooperación” de *máquinas*, cada vez más inespecíficas, que añaden a los cuerpos y terminales más y más funciones, exigidas directamente, por la virtualidad del *valor de cambio*, a transmutarse en *trabajo abstracto*, en *valor uso de valor*.⁸ En la Jenny, sin embargo, el devenir abstracto de la mano, del trabajo, del *valor uso*, será a la vez, necesariamente compatible con la máxima especialización y bloqueo del cuerpo en terminales y poses de trabajo disciplinario, específico; siempre, sí, como trabajo específico de capital, *valor uso* específico de *valor*, como fetichización o estetización de la virtualidad del *valor de cambio en proceso*.

Al igual que muchas herramientas constituyen los órganos de una máquina herramienta, muchas *máquinas-herramientas* constituyen los órganos de un motor colectivo. Una máquina-herramienta como la Jenny opera simultáneamente muchas y diversas herramientas, potencialmente infinitas herramientas. Un *motor colectivo*

operará muchas máquinas herramientas, potencialmente infinitas máquinas herramientas. La *máquina combinada* de muchas, potencialmente infinitas máquinas herramientas, constituye paulatinamente un devenir simultáneo y heterocrónico compuesto por diversas clases de máquinas y grupos de máquinas. Ese devenir es tanto más perfecto cuanto menos segmentado, más continuo y fluido, más abstracto, sea su movimiento general y el de sus partes.

Más o menos súbitamente, el obrero y su herramienta, la *máquina individual*, será redistribuido en la inmanencia de la Jenny, ensamblado primero, en un monstruo mecánico cuyo cuerpo llenará galpones enteros, y cuya fuerza demoníaca, encubierta por el movimiento solemnemente acompasado de sus miembros gigantes, estallará en la danza locamente febril y vertiginosa de innumerables órganos medios y terminales. Luego la Jenny proliferará en redes de máquinas combinadas (entre las cuales muchas de ellas constituyen máquinas que producen máquinas), y en redes de redes que irán configurando una superficie politécnica y policrónica de *cooperación abstracta*. Así la hilandería mecánica devino tejeduría mecánica, y entre ambas revolucionaron la quimiomecánica en el blanqueado y el

estampado y la tintorería. Así también la revolución de la hilandería, proliferó en la Gin, la máquina desmontadora para separar las fibras de la semilla, provocando una revolución de la agricultura, que desbloqueó, a su vez, las condiciones generales del proceso de producción social, lanzando a la circulación masas de capital y de obreros, ejércitos de cesantes, y al lumpen (*lumpfen*⁹), en diversos estratos o agenciamientos de producción. La *Jenny* velozmente devino *intercambio mundial*, redes de vapores fluviales y transoceánicos, ferrocarriles y telégrafos, en la celeridad febril de la producción a gran escala”.¹⁰ El mercado mundial ensamblará planetariamente historias, literaturas, y terminará por ensamblar los mundos cotidianos de vida, sus quehaceres y enseres a toda escala.

Con la madurez de la *Jenny* se hizo presente el modo de producción *específicamente capitalista*: una invaginación abstracta de mundos de vida. Es esta invaginación la que se convierte en el agente real del talento, la virtualidad, el devenir abstracto de la producción en la que participan indefinidas fetichizaciones de trabajo abstracto, como trabajo usuario, los que cooperan y forman la máquina abstracta del valor en proceso.¹¹

La naturaleza, escribió Marx, no construye ni máquinas de tejer automáticas, ni locomotoras, ni ferrocarriles, ni telégrafos eléctricos.¹² Estos son productos del potencial de fantasía, del talento (en devenir) de la mano (en devenir); de la mano como talento y virtualidad en devenir; del talento y la virtualidad en devenir, como mano.

Si se ha podido ficcionar que en un comienzo fue la *mano natural* lo que condujo a la creación de la *Jenny* como interfaz; y que en un segundo momento, la interfaz creada, fue desarrollándose hasta disponerse como campo ilimitadamente expandido; esta ilimitación termina incluyendo, como posibilidad suya, la “supuesta mano natural” que flota, ahora, como una terminal más entre las virtualidades de la *Jenny*, en su inmanencia y multiplicidad abstracta.¹³

Si en un comienzo esta metamorfosis pareció avanzar según eslabones disciplinarios, saltando de un campo de la división técnica del trabajo a otro, de una fase a otra, según estaciones o estadios técnicos; a poco andar esta metamorfosis se comportará barrocamemente como el herpes o los arroyos que, como paréntesis invertidos —)(—, crecen por el medio socavando los bordes, los lechos, desgastando los contratos, las contenciones, excediéndolos, excediéndose,

afirmando derivas y calveros sin detenerse ni identificarse en ninguno, hoyando las estructuras de reconocimiento en un flujo abstracto, soltando virtualidades sin posarse nunca en un inicio, en un medio, en un final, deviniendo sin fábula (principio-medio-fin) ni teleología, en turbulencias tópicas.

Si el despliegue de la Jenny se expone representacional, pedagógicamente, a ratos, en el texto de Marx, en un vía crucis discontinuo según eslabones y acoplamientos, su devenir abandonará la sintaxis discreta en un flujo continuo, sin empalmes ni estaciones. Del mismo modo en que el aerolito sólo persevera mientras hiende la atmósfera, y el *valor de cambio* lo hace sólo mientras crece y se valoriza sin congelarse en ninguna cantidad, la Jenny muere si para de erosionar, de erosionarse, si se establece, si deja de alterar y de alterarse, si se identifica, aunque sea por un instante. Al contrario del *anáncé sténai* (es necesario detenerse) de Aristóteles, la Jenny y el *valor de cambio*, se abisman en un devenir sin principio, sin medio, sin fin, aconteciendo sólo como *plus* o exceso. Y no se trata de un *exceso de* esto o *de* aquello, que crece por superación de un estado anterior, sino de un *exceso puro*, nunca *exceso de*, sin

lugar (*topos*), sin presencia. *Exceso menos presencia*, inminencia más virtualidad.

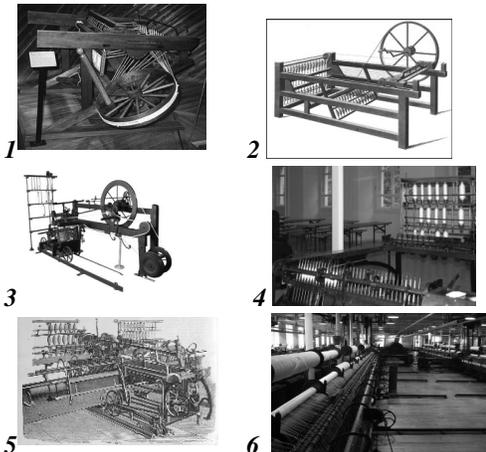
Si técnicamente para Marx, *lumpfen* es lo que prolifera como “resto”, como virtualidad no subsumible en el choque de máquinas heterocrónicas en devenir, el *lumpen*, lo *lumpérico*, podría figurar como nombre para esa virtualidad que, siendo inmanente a las máquinas, no pertenece a ninguna, y más bien crece entre ellas, erosionándolas; sin que lo lumpérico deje de subsumirse a máquina, clase o subjetividad alguna. En este sentido la Jenny es lumpérica.

✘ En el devenir transformista de la Jenny, así como en el *proceso ampliado de valorización del capital*, hay menos *devenir que proceso* según el texto de Marx. Si enfocamos el proceso más que el devenir, la *abstracción* de la Jenny, su politecnicidad, deviene subsunción trascendental fáctica de las singularidades, *nihil* homogéneo, igualación de lo desigual; y no erosión y desbloqueo inmanente de los trascendentales, como devenir puro, sin punto de partida ni punto de llegada; devenir abstracto que no *metaforiza*, que carece de eslabones, como un flujo sin cauce, sin marco, sin borde, sin reconocimientos, en medio de la inmanencia

proliferando singularidades múltiples. Esto indica, *grosso modo*, un diferendo entre el Deleuze que hay en Marx y el Marx que hay en Deleuze.

Notas

¹ En 1764 James Hargreaves, mecánico, inventa la *spinning Jenny* (o simplemente Jenny). Hargreaves bautizó su máquina con el nombre de una de sus hijas (no lo iba a hacer con el nombre de uno de sus varoncitos). La trayectoria sucesiva de la Jenny, tal como se expone en la secuencia Wikipedia, desde un estadio primitivo hasta uno desarrollado, poniéndonos la evolución cronológica de una máquina monolateral,



1. Model of the spinning jenny in a museum in Wuppertal. 2. The improved Spinning Jenny that was used in textile mills. 3. Roberts's self acting Mule Jenny. 4. Selfaktor-Spinnmaschine Jahrgang 1889 mit ausgefahrenem Wagen. 5. Spinning Manchester in 1892. 6. A mule spinning machine.

Especializada en la hilandería, y en un esquema *principio* → *medio* → *fin*, choca con el devenir de la Jenny tal como lo sugiere Marx en *El capital*. No encontramos en *El capital*, el relato evolutivo de una máquina especializada bajo el

esquema fabulesco: *principio* → *medio* → *fin*, sino la sugerencia de un devenir inespecífico, abstracto, transgenérico, de una máquina que se expande espacial, cuantitativa y funcionalmente de modo multidireccional y simultáneo. En su devenir inespecífico, la Jenny de Marx se va plegando y ensamblando según indefinidas terminales, de la más diversa índole o especie, según su *catexis* planetaria. Su movimiento no se reduce simplemente a un proceso de desarrollo dialéctico que supera, incorpora y suma más y más funciones de modo sistemático en un cuerpo interdisciplinario, organizado polifuncional. Más bien como la vida, *que sucede por fuera de todos los planes* (Lennon), *sin conocer modo de ser distinto que el de su continua potenciación* (Nietzsche), ganando velocidad de erosión mientras más tupida resulte la angostura la Jenny de Marx se abre caminos erosionando especificidades, sistemas, identidades, en un devenir simultáneo que *crece por el medio*, cargado de pulsiones segmentarias, sin ninguna pulsión o sentido general.

² El paso de la herramienta simple a la máquina herramienta compleja, no reside en el desplazamiento del motor desde la fuerza motriz humana a una fuerza motriz externa, sea el agua, el viento, el buey. Si esto fuera así, habrían máquinas herramientas complejas desde que Adán y Eva araban con bueyes el paraíso. La máquina herramienta compleja se diferencia de la mera herramienta, no por el quién de su fuerza motriz, si el caballo o el hombre, sino porque el número de terminales que puede manipular simultáneamente la máquina herramienta excede absolutamente las posibilidades de manipulación directa del cuerpo humano. Esta diferencia introduce transformaciones antes que físicas, históricas. Lo que cambiará con la Jenny es la comprensión histórica de la virtualidad del cuerpo y del trabajo.

³ Marx, K., "Maquinaria y gran industria". En *El capital*, siglo XXI, México, 1985.

⁴ Marx, K., Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, Siglo XXI y Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1971.

⁵ Marx, *El capital*, op. cit.

⁶ Descartes, *Regulae*. En *Oeuvres et Lettres*, Bibliothèque de la Pléiade, Paris, NRF, Gallimard, 1953.

⁷ El régimen de la composición está, para Descartes, de punta a cabo gobernado por la imaginación como poder compositivo de paisajes de diverso orden: físicos y astrofísicos, biológicos y anatómicos, urbanos y campesinos, costumbristas de distinto tipo y complejidad; retratos, pinturas anecdóticas o abstractas, más o menos coloridas; ilusiones, recuerdos, evocaciones con tintes de ánimo y pasiones de intensidad variopinta; ecos, espectros, más o menos plausibles del sueño, el ensueño y el artificio, etc.

Según su quehacer lo sugiere, la imaginación, como facultad de componer paisajes, constituye un poder finito de composición infinita. Hace a partir de lo que ella no hace, y que le ha sido dado. Requiere de materiales y de principios de composición. Más que interesarle, a Descartes, el variado universo de las composiciones, lo que le atrae es el orden de los elementos, de los principios y las materias a partir de los cuales la composición se compone. Le atraen porque en tales elementos reside el poder, la posibilidad, de la composición y, a la vez, la composición, la posibilidad del poder. Quien gobierna los principios de composición de los mundos, gobierna no sólo los mundos, sino la posibilidad misma de estos.

Se trata pues, en un primer movimiento, de suspender el universo de las composiciones o imaginaciones para desentrañar, en ellas mismas, los elementos y mecanismos a partir de los cuales están hechas y funcionan. La estrategia para su desentrañamiento consistirá en buscar, en ellas mismas, aquello que sin ser compuesto constituye la base de su composición: los principios y materiales a partir de los cuales la imaginación los compuso. Principios y materiales que condicionan el poder de la imaginación como posibilidad constructora de mundos. Una vez despejados los principios y elementos de la imaginación, en una analítica que va de lo compuesto a lo no compuesto en lo compuesto, queda a la vista, por decirlo así, la escena de las condiciones de la imaginación; condiciones las cuales no serían producto de la imaginación, sino, por el contrario, su ley, su límite, la prescripción a partir de la cual ella es libre de producir cuantas composiciones quiera, infinitas probablemente, pero siempre sujetas a los principios que la gobiernan, sin poder gobernarlos ella.

La libertad de la imaginación carece, entonces, de soberanía. No tendría la posibilidad de declarar el *estado de excepción* de los principios que la prescriben; no podría, por lo mismo, decidir sus principios. No es ella su propio poder constituyente. Resulta más bien ser un principio constituyente a partir de principios constituidos, una especie de *cónsul comisarial*.

A esos principios que la condicionan se los denomina, comúnmente, principios del entendimiento. Tales principios, por constituir las condiciones de la imaginación, decíamos, no pueden ser imaginados ni compuestos por ella, toda vez que ella imagina y compone desde ahí. La imaginación encuentra su límite en el entendimiento. Y el entendimiento, ¿es el entendimiento soberano respecto de sus categorías y principios? ¿Puede éste declarar la excepción de sus principios? ¿Es el poder constituyente de los principios que lo constituyen?

Esta, creo, es la turbulencia donde hay que centrar la cuestión de la soberanía del principio, del príncipe, de la máquina-genio-maligno, del sujeto, como sujeto sin sujeción de la sujeción. La pregunta por la soberanía de los principios del entendimiento abre, en el texto cartesiano la turbulencia hiperbólica de la soberanía, de la posibilidad de un principio compositivo o de una imaginación que, por sobre el entendimiento o por sobre los principios, sea la que, como *estado de excepción*, decida sin principio los principios; una imaginación que sin regla, sin motivo, sin preocupación, sin condición, con total indiferencia y como *fiat* puro, incondicionado, pueda crear, entre otras cosas, los principios y condiciones del entendimiento como límites de una imaginación no soberana, sujeta a otra soberanía ("Las verdades matemáticas, que usted llama eternas, han sido establecidas por Dios y dependen enteramente de él, lo mismo que todo el resto de las criaturas (...) decir que estas verdades son independientes de él, es hablar de Dios como un Júpiter o Saturno. De ningún modo tema publicar en todas partes que es Dios quien ha establecido estas leyes (...) como un rey establece las leyes en su reino (...) Le dirán a usted que si Dios ha establecido esas verdades, las podría cambiar como un rey hace con sus leyes; a lo que hay que responder que sí, si su voluntad puede cambiar. Pero yo las

comprendo como eternas e inmutables. Y pienso lo mismo de Dios. Pero su voluntad es libre (...) y su poder es incomprensible; y generalmente podemos asegurar que Dios puede hacer todo lo que podemos comprender; pero no que no puede hacer lo que no podemos comprender; pues sería temerario pensar que nuestra imaginación tiene tanta extensión como su poder (...) El ha sido tan libre de hacer que no fuera verdadero que todas las líneas tiradas del centro de la circunferencia fuesen iguales como de no crear el mundo (...) Pero no me parece que deba decirse jamás de ninguna cosa que no pueda ser hecha por Dios; puesto que toda razón de lo verdadero y de lo bueno depende de su omnipotencia, ni siquiera me atrevería a decir que Dios no puede hacer que exista una montaña sin valle o que uno y dos no sean tres; sino solamente digo que él me dio una mente tal que no puedo concebir la montaña sin valle o una adición de dos y uno que no sea tres, etc., y que tales cosas implican contradicción sólo en mi concepto”. Descartes R., “Correspondencia”, *Oeuvres et Lettres*, op. cit.).

⁸ “El valor pasa constantemente de una forma a otra, sin perderse en estos tránsitos y convirtiéndose así en sujeto automático. Si plasmamos las formas o manifestaciones específicas que el valor que se valoriza reviste sucesivamente a lo largo del ciclo de su vida, llegaremos a las siguientes definiciones: *capital es dinero; capital es mercancía*. En realidad, *el valor se erige aquí en sujeto de un proceso* en el que, bajo el cambio constante de las formas de dinero y mercancía, su magnitud varía automáticamente, desprendiéndose como plusvalía de sí mismo, como valor originario, *valorizándose a sí mismo*. En efecto, el proceso en el que engendra plusvalía es su propio proceso, y, por tanto, su valorización, *la valorización de sí mismo*. Ha obtenido la virtud oculta y misteriosa de engendrar valor por el hecho de ser valor. Lanza al mundo crías vivientes, o al menos pone huevos de oro (...). En la circulación simple, el valor de

las mercancías reviste, a lo sumo, frente a su valor de uso, la forma autónoma del dinero: en cambio, aquí se nos presenta súbitamente como una sustancia progresiva, con movimientos propios, de los que la mercancía y el dinero no son más que simples formas. Aún hay más. En vez de representar relaciones entre mercancías, el valor aparece revistiendo, como si dijéramos, una *relación privada consigo mismo*. Considerado como valor originario se distingue de sí mismo en cuanto plusvalía, a la manera como el Dios Padre se distingue del Dios Hijo, aunque ambos tengan la misma edad y formen de hecho una sola persona, pues la plusvalía de 10 libras esterlinas es lo que convierte a las 100 libras esterlinas en capital, y tan pronto como esto ocurre, tan pronto como el Hijo, y, a través de él el Padre, es engendrado, se borran de nuevo sus diferencias, y ambos se reducen a una unidad, a 110 libras esterlinas” (Marx, *El capital*, op. cit., cap. IV).

⁹ Técnicamente para Marx, el *lumpfen* es lo que prolifera como “resto” entre modos de producción. En gran medida el *lumpfen* es una figuración precisa del devenir, del *entre*, del *medio*, del choque entre modos de producción.

¹⁰ Todas las referencias anteriores han sido tomadas de Marx, *El capital*, op.cit., Volumen I, sección 4, *Maquinaria y gran industria*.

¹¹ La forma revestida, el fetiche adoptado por el instrumento de trabajo inmediato en el que una fuerza de trabajo es cogida, por algún ángulo especial de su virtualidad, y puesta a desgastarse en el devenir productivo, es abolida: en adelante es según el capital mismo, en un crecimiento *a-telos*, que las indefinidas actividades se exponen como fetiches de un único acto abstracto en que las actividades usuarias (las terminales específicas) se revelan como pura abstracción: valor en crecimiento, valor uso de valor en crecimiento.

¹² Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, op. cit., II, 192.

¹³ *Ibid.*, II, 19.